

En nombre de la Escuela de Estudios Orientales y de su Facultad, les damos la bienvenida a esta Jornada que se titula "Huellas y texturas de la relación entre lo sagrado, lo grotesco y lo monstruoso", coorganizada por la Universidad del Salvador, el Centro de Estudios Behemot, y la Universidad de Campinas. Agradezco a las investigadoras y docentes de esta Casa, la Mag. Flavia Soldano Deheza y la Dra. Andrea De Vita, que son las responsables de esta actividad, así como también el apoyo constante de la Decana, Mag. Claudia Pelossi, y la ayuda brindada por la Secretaria Académica, Lic. María Elena Lenscak, por el Prosecretario, Lic. Juan Pablo Spina, y por la Directora de Filosofía, la Mag. Verónica Parselis.

El año pasado se realizó una jornada similar a esta, en la Facultad, con el nombre de "Las huellas de lo monstruoso en lo sagrado". Hubo una participación de varios de los expositores que estarán en estos días, lo cual demuestra la continuidad de la iniciativa, a la que auguramos muchos frutos.

Antes de pasar a la conferencia de apertura del colega y amigo, el Dr. Juan Carlos Alby, me gustaría hacer una reflexión sobre un tema que puede resultar algo pedestre, pero que se relaciona con el título que nos convoca. Lo repito: Huellas y texturas de la relación entre lo sagrado, lo grotesco y lo monstruoso. Huella viene de 'hollar', o sea, son las pisadas que deja una persona o un animal en un terreno; textura, a su vez, del verbo *texére*, da 'texto y tejido', lo que evoca la idea de una urdimbre sensible, tanto a los ojos como al tacto.

Hace semanas que pienso en la relación entre este título y un tema que fascina a mi hija de tres años. Ella tiene libros con *stikers*, un diario con una lapicera de tinta invisible, muñecos, peluches y remeras, además de un colgante; no hay un solo día que no nos pida que le contemos una historia en donde la pasan a buscar o se la encuentran imprevistamente. Me refiero a un animal: el unicornio. El arco temporal en el que se desarrollarán las exposiciones de estos tres días, es el de la Antigüedad tardía: judaísmo de época intertestamentaria, la Patrística, los Padres del desierto. Probablemente, lo que pueda ser interesante, es que este animal fabuloso y simbólico también dejó su rastro en el primer cristianismo. Pero es claro que trasciende a Occidente y que atraviesa los siglos. Ahí, precisamente, se confunden lo sagrado, lo grotesco y lo monstruoso: por ejemplo, la pureza y su color, en los lienzos medievales, y en la poética de Rainer María Rilke: "Blanco fue a una doncella, y existió en su espejo de plata como en ella" (*Sonetos a Orfeo*, IV); pasando por las novelas de Harry Potter y el movimiento *queer*, a la alquimia y la interpretación psicológica de Carl Gustav Jung: un ser ambivalente que patentizaría el *Monstrum Hermaphroditum*.

Haciendo un breve repaso, encontramos muestras en el arte caldeo, en relación con un sello cilíndrico que tiene dos unicornios alados rodeando un árbol.

En China se creía que la aparición de este ser era propicia, y que hablaba de la pureza y justicia de los gobernantes. También se creía que traían del cielo a los niños y las lluvias.

Las noticias que llegan a Occidente y, que se ramificarán después, proceden del médico griego Ctésias, del siglo V a. C. Este habría visto a un espécimen salvaje con colores rojizos y ojos azules, que vivía en el país de la India, y que encerraba propiedades

médicas. Entre los siglos I y II d. C., Claudio Eliano, Plinio el Viejo o Filóstrato, se harán eco de sus descripciones. Por ejemplo, Plinio: "es un animal intratable, que se parece al caballo por el cuerpo, al ciervo por la cabeza, al elefante por los pies y al jabalí por la cola; tiene un mugido grave, y un solo cuerno negro que se eleva dos codos por encima de la frente. Dicen que este animal no puede capturarse vivo".

En el ámbito de la Biblia, la versión de la *Vulgata*, del salmo 22, 21: "*Salva me ex ore leonis, et a cornibus unicornium humilitatem meam*". Jerónimo tenía en frente el término hebreo *re'em*, que a veces lo traducía por *rhinoceros* o *monoceros*. Lutero lo vertía de este modo: "Sálvame de las fauces del león, de los unicornios".

Con la ascunción del cristianismo aparecen las técnicas para poder atraparlo, pero también, el lugar del animal como símbolo de la pureza de Cristo. Por una parte, el *Physiologus* griego sostenía: "sentamos junto a él una virgen pura y bien vestida, el animal saltará a su regazo y la virgen lo alimentará y lo llevará al palacio del rey". En el siglo XI, por otra parte, Guillermo de Normandía, elaboraba este cuadro más teológico: "Jesucristo nuestro Salvador es el Unicornio espiritual, que en la Virgen hizo su morada, El, que es de tan alta dignidad; en ella tomó su humanidad mediante la cual se manifestó al mundo".

Pero con anterioridad, los autores de la Iglesia como Tertuliano o San Juan Crisóstomo, entre los siglos III y IV d. C., agregaban elementos también sugestivos. Este último, afirmaba: "Los unicornios son los justos, y por encima de todos Jesucristo, que combate contra sus adversarios con su cruz como con un cuerno; este cuerno es aquel en el que descansa nuestra confianza".

Me interesa este último punto que asocia al cuerno con la cruz y con cierta potencia.

Hay una noticia del heresiólogo Hipólito de Roma, del siglo III d. C., acerca de unos cristianos disidentes. Eran gnósticos que se llamaban a sí mismos naasenos. Establecían un juego de palabras a través de un planteo alegórico de la serpiente (*naas* en hebreo) de Gn. Decían:

No veneran a ninguna otra cosa, sino a Naas, por lo que son llamados naasenos, porque naas es la serpiente, a partir de lo cual dicen que todos los templos (*naous*) que están bajo el cielo reciben su nombre, que por este solo naas se establece todo santuario, toda iniciación y todo misterio y que no es posible en absoluto encontrar bajo el cielo una iniciación que no sea en un templo y en el que está el naas, *del que viene a llamarse templo (naous)*. Enseñan que la serpiente es la sustancia húmeda, como también <sostenía> Tales de Mileto, y que totalmente nada de lo que existe, inmortal o mortal, animado o inanimado, puede sostenerse sin ella. Todo le está sometido, es el Bien mismo y tiene todo en sí, como «en el cuerno del toro unicornio», otorga lo bello <a los otros> y la madurez a todos los que están de acuerdo con su naturaleza y su propiedad, como si hiciera camino a través de todo como <un río> que surgido del Edén <riega el paraíso> y «se divide en cuatro principios» (Gn 2, 10-12).

En primer lugar, hay una exégesis bíblica leída desde categorías filosóficas. Naas suena a *naós*, 'templo', pero también, a *noûs*, 'intelecto', como una remisión encubierta a un Cristo trascendente. La interpretación que establecían era de carácter contracultural. Es la serpiente que se identifica al río cuádruple que atraviesa y nutre el Edén. En Filón de Alejandría se hablaba de un Lógos de Dios que tenía la misma función en el Paraíso. El número cuatro como símbolo de la totalidad y de un hombre perfecto que abarca las

distintas dimensiones de esa tierra utópica (pensar en las cuatro direcciones representadas en la cruz). El agua como *arché*, como principio y origen, desde una imaginería presocrática, pero también desde el paulinismo: habría una alusión al Cristo, 'al que todo se le sometía', como el único que era capaz de dar la resurrección. Se dice: "el bien que tiene todo en sí". La misma noticia hablaba de un Hermes itifálico que representaba un deseo hacia lo elevado. Acá se retoman esas ideas, pero con la elección de un animal, el toro unicornio, que daba belleza y madurez, en términos teológicos, podríamos decir, a los hijos espirituales. El texto decía ἐν κέρατι ταύρου μονοκέρωτος. Los editores del escritor eclesiástico se remitían a Dt 33,17: "Los ejércitos de tus hijos, Efraín y Manasés, son fuertes y poderosos como los toros y los búfalos".

En todo caso, la fuerza del animal, y el simbolismo del cuerno, parecieran repetir algunos de los perfiles que la tradición occidental identificará con la figura de Cristo.

Ir en busca de lo desconocido, de tierras lejanas y extrañas. Encontrar y atrapar eso que parece pervivir en el imaginario de las épocas. Platón y Aristóteles decían que el motor de la filosofía era una especie de pulsión, una apetencia, *órexis*. En este caso, el filósofo ateniense hablaba, en el *Fedón*, de ir "a la caza de la verdad", rememorando, quizás, un pasado remoto y visceral del género humano.

Que estas jornadas sigan siendo una ocasión de la búsqueda ininterrumpida de esas huellas y texturas de lo sagrado, en sus distintas formas.

Muchas gracias.

#### Bibliografía

- Charbonneau-Lassay, L. (1997). *El Bestiario de Cristo I*. Palma de Mallorca: J. Olañeta.
- Cirlot, J.- E. (1992). *Diccionario de Símbolos*. Barcelona: Labor.
- García Bazán, F. (2003). *La gnosis eterna. Antología de textos gnósticos griegos, latinos y coptos I*. Madrid: Trotta.
- Roling, B. y Weitbrecht, J. (2024). *El unicornio. Historia de una fascinación*. Madrid: Siruela.

**Dr. Juan Bautista García Bazán**  
**Director de la Escuela de Estudios Orientales de la USAL**